

rodrigo caro
Nº4

Publicación del Claustro

ÍNDICE

RODRIGO CARO	
Nº 4	
<i>Publicación del Claustro</i>	
© Los autores	
© Para la presente edición: I.E.S. Rodrigo Caro	
© Diseño de colección y cubiertas: Jesús Hacha	
Imprime: Argüelles -Sevilla-	
Colección dirigida por Diego Ruiz-Castizo y Elías Hacha	
Registro: 11/39136	
ISBN: 978-84-694-2845-0	
<i>I.E.S. Rodrigo Caro</i>	
C/ Cantalobos s/n, Coria del Río, Sevilla.	
Teléfono: 955622105	
Fax: 954775040	
Email: 41001461.averroes@juntadeandalucia.es	
Página web: www.iesrodrigocaro.com	
RODRIGO CARO O EL SABIO EN TERRITORIO HOSTIL	
Luis María Gómez Canseco.....	7
CINCO POEMAS DE INVIERNO	
Pedro Torres Curiel.....	12
BARCO EN LA TORMENTA	
Concha Caballero.....	17
MAMÍFEROS VERSUS KAURIS, KIWIS, POHUTUKAWAS,....	
Maria Dolores Ortega Reyes.....	20
UN CORO DE VOCES POR LA TOLERANCIA	
Juan Gabriel Martínez Martínez.....	31
CHINA ¿PRÓXIMO LÍDER MUNDIAL?	
Pedro Limón.....	44
RACISMO Y ECONOMÍA	
Pilar López.....	54
ESTÁNDARES EN E-LEARNING: EL PROYECTO AGREGA	
José Manuel Basilio Pérez.....	63
EL BARON PIERRE DE COUBERTAIN, UN PEDAGOGO DESCONOCIDO,	
UN FILÓSOFO DE LA EDUCACIÓN DESCONOCIDO.	
LOS VALORES OLÍMPICOS Y LA EDUCACIÓN	
José María de Marco.....	74
DOS RELATOS ENIGMAS	
Elías Hacha.....	80
EXPLORADORES Y VIAJEROS ESPAÑOLES EN EL PACÍFICO	
Juan Manuel García Bejarano.....	86
1984	
Elia María Fernández Chacón.....	93
CHI KUNG. EL ARTE DE CULTIVAR LA ENERGÍA	
Sinfo Hernández Fuentes.....	98
MODELOS DE INTERVENCIÓN	
Y APLICACIÓN DE COMPETENCIAS	
José Manuel González del Pozo.....	105
LAS ENSEÑANZAS MEDIAS EN CORIA DEL RÍO	
Tomás Alfaro Suárez.....	118
LA ÚLTIMA PARTIDA DE AJEDREZ	
Diego Ruiz-Castizo Calero.....	129

RODRIGO CARO O EL SABIO EN TERRITORIO HOSTIL

Luis María Gómez Canseco

Grupo de Investigación: Literatura e Historia de las Mentalidades

Departamento: Filología Española y Sus Didácticas.

Situación profesional: Catedrático (Universidad)

Responsable de incontables investigaciones, proyectos y ayudas, de capítulos y artículos en diversas publicaciones, coautor de infinidad de libros, y ponente en multitud de congresos, es la máxima autoridad en activo sobre la vida y obra de Rodrigo Caro. Dada la extensión de su bibliografía, reseñaremos, tras el artículo, únicamente sus libros publicados.

Este libro nº 4 del Claustro de Profesores
del Instituto Rodrigo Caro
se acabó de imprimir
el 21 de Junio
de 2011
Ω

Rodrigo Caro fue un hombre entre libros. Y acaso eligió esa vida, porque el mundo se fue convirtiendo para él en un lugar inhabitable y agrio. Ya en 1590, con apenas con diecisiete años, andaba estudiando cánones en la Universidad de Osuna, para pasar luego a Sevilla, donde tuvo ocasión de visitar por vez primera las ruinas de Sevilla la Vieja, la antigua Itálica. El mismo lo cuenta en su *Memorial de Utrera*:

Habiendo yo leído en varios autores que hubiese estado en aquel sitio la famosa Itálica, me dio deseo de verla: fui un día con algunos amigos por la orilla del río desde Sevilla, y llegando a este puesto, le miré y consideré atentamente, y parecióme que a cualquiera persona de consideración y que alargase el pensamiento a las cosas de este mundo daría mucho que entender, pues con la fuerza irreparable del tiempo verá en aquel lugar (cualquier que haya sido) que las altas murallas yacen hoy por tierra cubiertas de yerbas y monte; que las anchas plazas y paseadas calles están hoy sin habitadores, y que las casas que antes eran refugio de los hombres ahora son escondrijos de sabandijas. Parece que aquellos derribados edificios están llorando la larga ausencia de sus dueños, y amonestando a los que miran, con un mudo sentimiento, cuán breve es la gloria del mundo y cuán flaca la mayor firmeza. Leen aquí los ojos la destrucción de aquella fuerte ciudad, y recelan los ojos del alma la de su propio cuerpo flaco y miserable. (*Obras*, Sevilla, Sociedad de Bibliófilos Andaluces, 1883-1884, I, pp. 17-18).

Libros y ruinas encauzaron su afán de estudio hacia la antigüedad, que a partir de entonces sintió siempre como «sagrada» y enfrentada a lo que él mismo llamó «este miserable siglo nuestro». Porque su añoranza del mundo antiguo iba inevitablemente unida al rechazo de la realidad contemporánea.

Como otros muchos españoles de la época, Caro vivió en una paradójica suma de deseo de una vida retirada y aspiración al medro cortesano. Primero fueron unas capellanías y luego el cargo de cronista real de Indias, un oficio de postín y bien remunerado para quien aspiraba a vivir de las letras y a ser reconocido públicamente por ellas. No era nada extraño en la tremenda Sevilla de

entonces, donde los profesionales de las letras –un espécimen para entonces reciente en Europa– andaban a la caza de un sitio en el mundo. Fueron precisamente esos letrados los que gestaron el discurso de Sevilla como una nueva Roma, probablemente a la luz de las ruinas de Itálica y no sin una buena dosis de interés propio, pues si Sevilla era la Roma rediviva, por consecuencia lógica ellos habrían de ser los nuevos Cicerones, Virgilios, Horacios y Juvenales. A ello se unía el triunfo de los sevillanos en la corte bajo la sombra protectora del conde-duque de Olivares. Rodrigo Caro aspiró a ser uno más entre ellos y no pudo. Ni el nobilísimo de Guzmán, a quien dedicó sus *Antigüedades y principado de la ilustrísima ciudad de Sevilla y Corografía de su convento jurídico, o antigua chancillería* en 1639, ni su secretario Francisco de Rioja, al que alguna vez pudo llamar amigo, quisieron escuchar sus pretensiones. La queja que dejó escrita en octubre de 1641 en carta al licenciado Sancho Hurtado de la Puente no deja lugar a dudas: «El señor Don Francisco de Rioja no da audiencia en su casa ni quiere que nadie lo vea en ella: que tanto Señor hace desear y encubre los resplandores de su potencia y valimiento (...). Ciento que son gente extraordinaria todos los validos de esta era; no les agrada sino lo asqueroso y malo» (Biblioteca Capitular y Colombina, ms. 83-7-25, f. 170r-v). El refugio contra todos esos sinsabores lo encontró Caro en el estudio de la antigüedad, que le lleva a presentarse como un héroe dispuesto a rescatar el pasado de las fauces de un tiempo que todo lo devora. Así lo describía en las *Antigüedades*:

Esconden las tinieblas y el olvido, hijos del tiempo y la ignorancia, casi todos los sucesos que han acontecido en el mundo, y en la anchura de sus senos yacen no sólo la grandeza de las provincias, ciudades y pueblos, sino también las soberbias coronas, cetros de las monarquías, pereciendo con ellas sus hazañas y últimamente casi todas sus historias, inventadas de la prudencia humana. Para detener el impetuoso raudal de aquel oscuro Leteo fingieron las fabulas a Hércules venciendo monstruos, tan valeroso, que se atrevía a caminar por no conocidos senderos, hasta llegar a las anchas puertas del infierno y sacar de allí el trifauce can Cerbero, encadenado y preso a la luz, que no había visto. Tal juzgo el ardimento de los que orgullosamente se atreven a desenvolver las memorias de aquellas antiguas repúblicas, valiéndose de piedras escritas, sacadas muchas veces debajo de la tierra y de antiguos sepulcros, pues no es otra cosa aquel can de las tres gargantas que el tiempo pasado, presente y futuro, pues por ellos han entrado y entrarán todas las cosas humanas en los extendidos reinos de la muerte y del olvido. (*Antigüedades*, Sevilla, Andrés Grande, 1634, f. 19)

Caro se granjeó la admiración y el respeto de sus contemporáneos gracias a los tremendos alardes de erudición que encerró en este libro. Sin embargo, otras de sus obras que hoy podemos considerar mayores permanecieron inéditas en vida. Así ocurrió con su tratado latino sobre los dioses de la Hispania antigua, que envió a imprimir a Flandes sin que nunca llegara a ver la luz; con los

magníficos *Días geniales o lúdicos*, un diálogo en el que tiende un puente entre los juegos infantiles del Siglo de oro y las costumbres de la antigüedad clásica; e incluso con la famosísima *Canción a las ruinas de Itálica*, por la que todavía nos llega vivo el nombre de Rodrigo Caro, aun cuando fuera atribuida durante siglos a muy distintos ingenios. De hecho, no son pocos los que todavía se saben de memoria los versos iniciales de la *Canción*: «Estos, Fabio, ¡ay, dolor!, que ves ahora / campos de soledad, mustio collado...».

La *Canción a las ruinas de Itálica* es poco más que un discurso retórico en verso, pensado como panegírico para la ciudad perdida y como enseñanza moral para el joven Fabio, al que avisa sobre la fugacidad de las cosas humanas. Tras un exordio descriptivo del paisaje desolado, la imagen del anfiteatro, ahora vacío, se convierte en símbolo de una nueva representación teatral en la que el tiempo todo lo destruye:

Este despedazado anfiteatro,
impío honor de los dioses, cuya afrenta
publica el amarillo jaramago,
ya reducido a trágico teatro,
¡oh fábula del tiempo!, representa
cuánta fue su grandeza y es su estrago.

Sigue el elogio de los hombres insignes de Itálica, para que el poeta reclame de nuevo la atención de Fabio, al que amonestá con un tópico tan profundamente barroco como el de la consolación en las ruinas: también las piedras, más fuertes que los hombres, sucumben a la obra del tiempo. Un segundo momento de intensidad poética se alcanza con la presencia del genio local, el espíritu de la antigua Itálica, que aún recorre la ciudad y repite el eco de su nombre:

Tal genio o religión fuerza la mente
de la vecina gente,
que refiere admirada
que en la noche callada
una voz triste se oye que, llorando,
«Cayó Itálica» dice, y lastimosa,
Eco reclama «Itálica» en la hojosa
Selva, que se le opone resonando
«Itálica». Y al claro nombre oído
de Itálica renuevan el gemido
mil sombras nobles de su gran ruina.

Como el Fabio de su poema, Caro supo hallar consuelo para los desengaños de su vida en el ejemplo de las ruinas y sobrellevar las contrariedades con sosiego hasta el momento mismo de su muerte. Ésta ocurrió en Sevilla a las tres de la tarde del 10 de agosto de 1647. A su lado estaba Martín Vázquez Siruela, racionero de la catedral de Sevilla, que nos dejó testimonio excepcional en los momentos finales de un hombre íntegro y bueno aun en las adversidades: «Halléme a su cabecera, envidiando la quietud de conciencia con que dejaba esta vida».